

INTRUSOS

Era la noche perfecta para un robo. La avenida principal se había oscurecido aún más conforme la tormenta, que habían anunciado toda la semana, se acercaba. Cada cierto tiempo un viento helado barría la amplia avenida agitando los árboles de tal manera que estos se curvaban sobre sí mismos. La gente que todavía circulaba por las calles se movía con rapidez, encogida y presurosa por llegar a sus hogares lo antes posible sin fijarse en quienes los rodeaban.

Ella pasó inadvertida cuando salió de una bocacalle y se unió a las últimas personas que regresaban a casa esa noche. Caminó junto con el grupo de gente que se fue haciendo mayor conforme se acercaban a la muralla interior. Alzó la cabeza sólo una vez para asegurarse de que no se alejaba demasiado del edificio adonde se dirigía, aunque se sabía el camino de memoria y no lo habría necesitado. Justo antes de llegar al puesto de revisión dio vuelta a la derecha y siguió la muralla zigzagueando entre calles cada vez más vacías. A lo lejos sonó una campanada. La última advertencia de que los empleados no autorizados debían salir de la ciudad interior. Ella apretó el paso. Una nueva campanada y otra ráfaga de viento la hicieron entrar en un callejón y esconderse en las sombras. Había sabido que no llegaría lejos antes de que los guardias comenzaran a patrullar. Alzó la vista hacia el cielo que cada vez se oscurecía más. La tormenta estaba cerca.

Con rapidez se despojó de la ropa de trabajo con la que

se había confundido entre la gente todo el día, la escondió detrás de unas cajas que estaban apiladas al fondo del callejón y se acercó a una pared. Debajo del vestido gris llevaba un traje blanco con el emblema de los magos en su pecho. Con un escalofrío se percató de que la tormenta no tardaría en estallar. Tanteó hasta que encontró un par de ladrillos salidos y comenzó a escalar la pared de la casa. Era una suerte que no hubieran arreglado las paredes de la ciudad interior de Frohn en el último siglo. Al llegar arriba, oyó el pitido de un silbato que la hizo avanzar más deprisa. Se perdió en la oscuridad del tejado justo cuando dos policías asomaban por la esquina. No patrullarían mucho esa noche: con la tormenta tan cerca nadie se arriesgaría a estar afuera cuando comenzara a llover... Nadie más que ella.

Sonrió cuando vio que los guardias se alejaban y, con ellos, los últimos vestigios de luz. Se irguió y observó a su alrededor. La frecuencia de las ráfagas se había intensificado y cada dos por tres una la golpeaba. No dejó que esto la distrajera, porque en realidad estaba cada vez más excitada. Hacía mucho que no se había encontrado en una situación parecida. Tomó aire y, sin perder más tiempo, comenzó a correr hacia un edificio blanco de diez pisos que se alzaba sobre los demás y se distinguía por su peculiar forma cilíndrica. Allí se albergaban las Cortes de Magia y también los objetos que la princesa Nannerl iba a robar, aunque sería más adecuado decir que los iba a recuperar.

Cuando estuvo apenas a una calle de distancia, bajó de los tejados y se concentró en escuchar. Nada más que el viento parecía romper la quietud de esa noche. Observó el cielo esperando las primeras gotas de lluvia que habían asustado a la gente en las calles y que sacaría a todos los hechiceros de la torre. Nannerl podría entrar en el edificio entre el barullo de los aprendices sin que nadie la notara.

Se oyó un trueno en la distancia. Todas las luces de la torre

se encendieron y la puerta principal se abrió. Nannerl no se sorprendió, pues había observado aquel ritual varias veces antes y también le había preguntado a Lykaos por él.

Cuando una tormenta mágica caía sobre Froln, las calles se vaciaban y los únicos que se atrevían a salir eran los hechiceros y sus aprendices, que iban a recolectar magia líquida, puesto que así el trabajo era mucho más eficiente que cuando salían a buscarla al mar, pero también era mucho más peligroso y de resultado irregular. Había un grupo entero de hechiceros que se dedicaban a predecir cuándo azotarían las tormentas a Vâudiz y en dónde. Nannerl no necesitaba oír los comunicados para saber cuándo, porque de alguna manera era ella quien las provocaba. Aquellas tormentas de magia eran una anomalía que había quedado después del despertar de la princesa guerrera un siglo atrás y, para un ser como Nannerl, que podía destruir la magia, no representaban ningún peligro. Para el resto de los habitantes de Vâudiz, sin embargo, significaban una inyección de magia pura, que podía volver loco a quien no estuviera entrenado para soportarlo.

Las primeras gotas golpearon el suelo. Nannerl se removió incómoda ante las descargas que la lluvia le causaba y el dolor de cabeza que sentía. Se obligó a observar cómo los aprendices salían del edificio y colocaban por toda la calle grandes contenedores de cristal. Ninguno permanecía mucho tiempo bajo el agua y, conforme la tormenta se hiciera mayor, sólo quedarían en la calle los más poderosos y experimentados.

Nannerl aprovechó un nuevo rayo para salir corriendo hacia la torre como si acabara de dejar un contenedor. Entró en ella con varios aprendices que estaban empapados y que comenzaban a quejarse por el dolor de cabeza. Oyó las instrucciones de los maestros hechiceros, que les ordenaban regresar a la habitación cuanto antes a los que no pudieran más. Nannerl imitó a varios aprendices y recorrió uno de los pasillos. Sin que nadie se diera cuenta, dobló en una esquina y se

internó en la torre.

Agitó un poco la cabeza para sacudirse las gotas de agua, se quitó los zapatos y, descalza, avanzó por la alfombra que cubría los pasillos, que, como había previsto, estaban totalmente vacíos, pues todo mundo se encontraba en el primer piso afanándose en la recolección de magia. Al llegar al tercer piso, Nannerl se detuvo frente a una ventana y, entre las sombras, observó cómo continuaba la recolección. La calle estaba cada vez más llena de contenedores. Sonrió y continuó subiendo la escalera.

Se movía con soltura, sabiendo exactamente hacia dónde se dirigía, pues lo que buscaba la llamaba con más fuerza con cada paso que daba y la guiaba. Subió y descendió escaleras, adentrándose cada vez más. A ratos se detenía para asegurarse de que la lluvia continuaba, porque mientras lloviera estaría a salvo.

Por fin, el sentimiento que la había llenado desde que se había acercado al edificio le fue casi insoportable. Dio una nueva vuelta y frente a ella descubrió un pasillo largo, muy iluminado, que llevaba a una puerta de madera cerrada. Detrás de esa puerta estaban los signos de la princesa guerrera: su báculo, la llama guardiana y la caja negra. Lo que realmente le interesaba a Nannerl era la caja negra, donde estaba guardada la Esfera de la Unión, la única manera de contactar con Erick.

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, el pasillo se había convertido en una intrincada red de hilos que brillaban. Observó con cuidado la red y se extrañó al descubrir que la magia no había sido perturbada para crear una alarma alrededor de la puerta. Esto la puso nerviosa, pues había previsto que los signos de la princesa guerrera estarían protegidos de alguna manera. Miró a su alrededor: el pasillo se veía y sentía desierto. No podía echarse para atrás, estaba tan cerca que no podía regresar ahora.

Cruzó el pasillo corriendo, tomó el pomo y lo giró. La puerta se abrió y Nannerl se quedó de pie en el umbral. La luz del pasillo entraba por la pequeña franja de la puerta. Nannerl sintió ganas de retroceder. Algo no andaba bien allí, ¿por qué habían ocultado los signos del princesa guerrera en el fondo de las Cortes de Magia sin protección? Empujó la puerta un poco más. Sabía que algo andaba mal, pero no podía retroceder estando tan cerca.

La Esfera de la Unión la llamaba a gritos y ella no se percató de la sombra que seguía sus pasos, ni del muchacho que se detuvo justo afuera de la puerta mientras Nannerl se internaba cada vez más en la habitación.

La habitación estaba oscura, la franja de luz que entraba por la puerta no era suficiente para apreciar las dimensiones ni los objetos en la habitación. En la pared opuesta la lluvia golpeaba una ventana. Nannerl cerró los ojos y trató de descubrir dónde estaba lo que buscaba. Lo encontró con facilidad y caminó sin ningún problema hasta la urna donde yacían sus pertenencias.

Puso sus manos a ambos lados del cristal y sintió una punzada de miedo ante lo fácil que había sido aquello. Decidió que lo más sensato era tomar sus cosas y salir de allí lo antes posible. Pasó su mano sobre la cerradura y oyó un ligero *clic* cuando el seguro mágico se abrió ante su contacto. Abrió la urna y alargó la mano hacia la figura de la llama guardiana. Al rozarla, la llama se levantó, se encendió e iluminó la habitación entera. Nannerl contempló la familiar luz púrpura y sonrió con nostalgia. La llama giró en torno a su cabeza un par de veces, como si la saludara, y la sonrisa de la princesa se ensanchó. Enseguida le pidió que se apagará, puesto que estaba segura que alguien podría ver el brillo morado y saber de su presencia. Se apresuró a tomar el báculo y la caja negra, y de inmediato se sintió completa al tener todas sus cosas consigo.

Se dio la vuelta, dispuesta a salir de la habitación, pero lo que vio la dejó helada. Una persona había entrado aprovechando que estaba de espaldas a la puerta. Nannerl no podía verle el rostro, pero por su silueta supo que era un muchacho.

—¿Quién eres? —preguntó éste con voz temblorosa. Entre sus manos brillaba una espada vacilante—. ¿Qué haces aquí?

Nannerl no se dignó contestar. Puso la caja negra bajo su brazo y con una sola mano empuñó el báculo. No quería lastimar al muchacho, así que comenzó a retroceder, tan despacio como era capaz.

—Detente —le ordenó el muchacho—. ¡Detente!

A lo lejos se oyeron los primeros gritos de alarma: alguien debía haberse percatado de la presencia extraña en la torre. Nannerl supo que no tendría mucho tiempo, así que decidió concentrarse en escapar. El joven se dio cuenta porque entró en la estancia y dejó que penetrara la luz del pasillo. Nannerl pudo ver por el rabillo del ojo la ventana justo a sus espaldas. El aprendiz de mago corrió hacia ella con la espada en alto. Nannerl fue más rápida: hizo que las cuchillas del bastón desaparecieran, esquivó el golpe y le dio con el báculo en el estómago al muchacho. No se detuvo a ver como éste caía al suelo, sino que, aferrando con más fuerza la caja y el báculo, corrió hacia la ventana sin pensar. Al alcanzarla, puso el báculo frente a ella y saltó.

La lluvia la recibió y le escoció la piel un segundo antes de dejar de molestarla. Huyó corriendo y, aprovechando la conmoción que había causado la alarma, desapareció entre las calles de Frohn.

No se detuvo hasta llegar junto a la muralla interior, y allí se sentó en uno de los tejados. Nadie se atrevería a aventurarse desde las Cortes de Magia hasta la muralla para buscarla, sólo ella podía soportarlo. Sentada, sin pensar en la lluvia o su creciente jaqueca, tomó la caja negra. Con un suave movimiento la abrió y sacó la Esfera de la Unión de su interior.

La tomó con ambas manos y cerró los ojos. Se concentró en un rostro que había imaginado mil veces desde que había despertado.

Esa noche la princesa guerrera se comunicaría con el Creador de Vâudiz y nada volvería a ser igual.

1

UN FUNERAL

I

El día más caluroso del verano se había prolongado un mes entero. El calor había logrado que toda la población se refugiara dentro de los lugares donde había aire acondicionado, que nadie saliera más que para lo estrictamente necesario y que las pocas piscinas públicas estuvieran a reventar. El sol abrasador, que al principio del mes había alegrado a todos y había lanzado a la gente fuera de sus casas en busca de días de campo, ahora hacía que la gente caminara por la calle esquivando su cegadora luz que se reflejaba en las aceras y la calzada del pavimento. Todo el mundo parecía incómodo ante la ola de calor que los había apesado desde hacía un mes.

Todos, menos una muchacha que corría por la Avenida 4. La gente la miraba a su paso, sorprendidos de que pareciera tan campante pese al calor. Un grupo de chicas que estaban sentadas a la entrada de una heladería escapando del sol la miraron con furia cuando pasó sin rastro de sudor en el rostro o en el cuerpo. La verdad, parecía que disfrutaba sólo de los beneficios del verano y que el calor no la afectaba en lo más mínimo mientras cruzaba con rápidos pasos hacia el Clara. Llevaba el cabello rubio corto por encima de los hombros, y

tenía la piel bronceada, contrastando con el blanco de su vestido. Las sandalias que calzaba sonaban a cada paso que daba haciendo que la gente no pudiera ignorarla cuando pasaba junto a ellos, esquivándolos para ir más rápido. Como todos los días, para sorpresa de nadie en realidad, Marissa se veía perfecta.

Lo peor era que la muchacha lo sabía. Sabía que la gente la miraba mientras pasaba junto a ellos, no porque se sorprendieran por su increíble belleza y les fuera imposible quitarle los ojos de encima. Lejos estaban los días en los que Marissa había creído eso, lo cierto era que la gente la miraba porque sencillamente no podía dejar de hacerlo. Marissa acababa de cumplir diecinueve años la semana anterior y, por primera vez, estaba feliz porque creía firmemente que, después de casi diez años, volvía a aparentar la edad que realmente tenía. Tal vez por eso se había deshecho por fin de su cabello largo a principios de verano, aunque había usado como excusa el calor inminente. Había engañado a todos menos a Greg, que sabía que a la chica no le afectaba el calor y que era más feliz al estar bajo el sol que bajo la lluvia que usualmente los atacaba.

De hecho, en circunstancias normales, Marissa habría caminado con más tranquilidad por la calle, saboreando el sol sobre su piel, el calor que salía de las baldosas del suelo y la sequedad del ambiente, pero en lugar de eso se veía obligada a correr hacia el Clara porque llegaba tarde a una cita importante.

Lo cierto es que se había entretenido hablando con Sofía la noche anterior, así que esa mañana se había despertado a deshoras. ¿Por qué había apagado el despertador y no se había levantado cuando debía? Cada vez más enfadada la muchacha cruzó hacia la otra acera y abrió la puerta del café.

Una ola de frío la sacudió. Hizo una mueca ante el cambio de temperatura, pero no dijo nada, con lo apurada que estaba. Entró y se dirigió hacia la barra donde el señor Clara se

encontraba limpiando unas tazas.

—Llegas tarde —le dijo él sin saludarla. Observó el rostro de Marissa y ella apretó los labios para no soltar la grosería que tenía en la punta de la lengua.

—¿Se fueron? ¡Llegué cinco minutos tarde! ¿Cómo es que ya se fueron?

—Ellos llegaron cinco minutos antes. Así que técnicamente los hiciste esperar diez, parecían tener prisa. Traté de mostrarles tu carpeta, pero dijeron que no les interesaba.

Marissa se dejó caer en uno de los bancos frente a la barra, apoyó los codos en ella y su cabeza en la palma de sus manos. Por supuesto que tenían prisa, con la celebración del día de las Ánimas cada vez más cerca, todos los artistas del país tenían prisa.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó más para sí misma que para el señor Clara.

Éste no respondió, sino que se acercó a la máquina de café y por unos instantes lo que llenó el lugar fue el chillido de la leche al salir. El olor a café impregnó el aire. Marissa le sonrió al señor Clara, que le puso delante una taza llena de lo que Marissa supuso era un *mocha latte* frío.

—Esto era justo lo que me faltaba. ¿Cómo pude ser tan boba?

Giró sobre el banco y apoyó su espalda en la barra. El café se veía igual que dos años antes, cuando Sofía, Greg, Franco, Irene y ella lo habían remodelado. Marissa sabía que si Irene y Sofía hubiesen continuado viviendo en el pueblo a lo mejor el aspecto del lugar hubiera variado, pero desde que se habían mudado, Marissa sabía que habrían de pasar muchos años antes de que Sofía volviera a remodelar el café.

—A lo mejor debería hacer lo que todos los demás e irme a la capital, porque parece como si mi mente estuviera viviendo allá.

—No es para tanto —dijo el señor Clara antes de dejar la

última taza seca debajo del mostrador.

—¡Claro que sí! —Marissa dio media vuelta para mirarlo mientras hablaba—. Desde que Franco estuvo aquí a finales de mayo, no hago más que pensar que debería haberme ido en cuanto tuve la oportunidad y no haberme quedado aquí. Lo últimos seis meses han sido una porquería.

El señor Clara no dijo nada más. Ni siquiera se sintió ofendido aunque Marissa había trabajado en el local en los últimos meses. La observó beberse el café que le había dado y sintió, como ella, que debía haber algo más para ella que trabajar en el café del pueblo.

No dijeron ninguna palabra más mientras Marissa se bebía el café. El señor Clara y ella habían aprendido a compartir el silencio y a disfrutar no romperlo. De hecho, desde que Greg se había ido cinco meses atrás, Marissa no había logrado sentirse cómoda en ningún otro lugar que no fuera el Clara. Ella y Greg habían terminado el colegio hacía casi seis meses. Antes de salir, Marissa había sabido qué quería hacer con su vida. Había pasado los últimos seis meses de clases estudiando para el examen de admisión de la escuela de artes en la que quería ingresar y en la que no la habían admitido. Así que desde enero se había dedicado a pasearse por la ciudad no muy segura de cuál era el rumbo a seguir.

Se terminó el café, le esbozó una sonrisa al señor Clara y recogió la carpeta de diseños que había dejado sobre el mostrador la noche anterior. La miró un segundo en sus manos y suspiró.

—Bueno, supongo que eso es todo. Debería irme a la capital y dejar de soñar con que me admitirán en una escuela que ya me dijo que no hace seis meses.

Edgar Clara no contestó. Marissa le sonrió y con un gesto de despedida se dirigió a la puerta, la abrió y salió al calor sofocante de la tarde. Durante las siguientes horas caminó sin rumbo. Había planeado con Sofía pasar una semana en la ca-

pital para el día de las Ánimas y Marissa deseaba que esa semana no estuviera todavía a siete días de distancia. Quería salir ya de aquel pueblo y dejar de esperar que pasara algo cuando claramente nada iba a suceder.

Cuando llegó a las afueras de la ciudad se detuvo y observó la figura de la colina del Tuerto que se encontraba justo frente a ella. Por alguna razón que no comprendió, después de varios meses de no haberle dirigido un solo pensamiento, Erick llegó a su memoria. Habían pasado más de dos años desde la última vez que lo había visto, y Marissa había perdido la esperanza de que él regresara alguna vez. La verdad, de haber sido ella la que hubiera sido lanzada a Vãudiz y a la muerte segura, ella tampoco habría querido volver. Entendía que su amigo hubiera querido enterrarlo todo y olvidar, pero, aunque había pasado mucho tiempo, seguía sin creer que para eso hubiera sido necesario que la confinara a ella también al olvido.

—¡Si supiera cuánto me hace falta! —suspiró.

—¿Te hace falta qué, amor? —dijo una voz detrás de ella que la hizo volverse rápidamente.

Frente a ella había dos muchachos. Uno de ellos tenía la piel color oliva y los ojos oscuros. Era de compleción robusta, aunque se veía menos cuadrado que Greg y también mucho más fuerte. Se llevó a la boca un cigarro y el humo ligeramente amarillento se filtró entre sus dientes desiguales y rotos. El otro, por cuya sonrisa supuso ella que era quien había hablado, era muy alto. Marissa no había visto a alguien tan alto en toda su vida. Tenía los ojos cristalinos y la observaba claramente divertido.

—No me hace falta nada —contestó ella, contundente, y, sin más, trató de alejarse de ellos de regreso a la ciudad.

El alto chico la detuvo agarrándola del brazo. Marissa se volvió hacia él con los labios apretados y un gesto de furia.

—¡Suéltame! —le ordenó.

—¿Y qué si no quiero? —contestó el muchacho.

Ambos vestían prendas holgadas y de colores brillantes y Marissa supo enseguida que debían ser parte de los caminantes del norte que se dirigían a la capital para el día de las Ánimas. Se arrepintió enseguida de haberse alejado tanto de la ciudad y el miedo comenzó a llenarla.

—Suéltame —repitió, con voz mucho menos segura.

El otro muchacho lanzó una carcajada detrás de ella y su miedo aumentó. «Por favor —pensó—, que me dejen sola, por favor.»

—No vamos a hacerte nada —dijo el muchacho a sus espaldas—. Sólo queremos que le des a alguien un mensaje de nuestra parte.

—¿Un mensaje? —repitió Marissa.

El alto la jaló con fuerza hacia él, y la joven cerró los ojos de dolor.

—¿Acaso no oyes bien, amor?

—¿Qué mensaje? —preguntó ella con voz más aguda que de costumbre.

—Dile a tu amigo Erick que Váudiz tiene un asunto pendiente con él y que no podrá escapar por más tiempo. No importa adónde vaya, dile eso, amor: dile que no importa adónde vaya, siempre será el Creador.

La soltó tan bruscamente que la hizo caer al suelo. Marissa permaneció allí hasta que ambos muchachos se alejaron. Después corrió en dirección contraria. No se detuvo hasta llegar a su casa. Tenía lágrimas en los ojos por el miedo que acababa de sentir y la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo sabían esas personas de Váudiz? Un miedo diferente la invadió.

Abrió la puerta de su casa y entró para encontrarse a su madre sentada en el sillón de la sala con la mirada ausente. Al oír la puerta cerrarse, la señora levantó la vista y le dirigió una suave sonrisa a Marissa.

—¡Qué bueno que llegas! Estaba a punto de salir y no quería irme sin verte.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó Marissa oyendo el tono preocupado de su madre.

—El abuelo de Erick acaba de morir —le dijo ella con un gesto triste—. Después de todos estos meses, por fin se acabó.

—¿Cuándo? —preguntó Marissa con voz temblorosa.

—Hace un par de horas, mientras estabas fuera.

Su madre se levantó, alisó su falda negra y avanzó hasta Marissa. La miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Voy a la casa. Límpiame, cámbiate y alcánzame, por favor, porque estás toda sucia y yo tengo prisa.

—Sí, mamá —contestó Marissa antes de quitarse las sandalias y, ya descalza, adelantarse hacia la escalera. Oyó la puerta abrirse, pero se volvió al no oír que su madre la cerrará. La señora la miraba con severidad.

—Supongo que las cosas no salieron como las planeaste hoy, ¿verdad? —Marissa no contestó—. Espero que al menos la llegada de Erick, hablar con él, te haga entrar en razón y decidas que irte a la capital es lo mejor.

—¿La llegada de Erick?

—Por supuesto. ¿Creías acaso que no vendría al funeral de su abuelo?

Su madre acomodó su bolsa y cerró la puerta al salir de la casa, dejando a Marissa sola en el recibidor. La muchacha miró la puerta durante largo rato mientras el miedo que había sentido antes la embargaba más y más. Lo que acababa de sucederle cerca de la colina y la inminente llegada de Erick despertaban en ella dudas que durante los últimos dos años había tratado de ignorar. Tenía miedo de que siempre hubiera estado en lo correcto al pensar que el asunto de Vâudiz no se había terminado con el regreso de Erick e Irene y que algo peor estaba por venir.

Erick abrió los ojos y bufó, molesto, al descubrir que el ruido que lo había despertado y sobresaltado había sido la caja de colores de su acompañante de vagón al caer al suelo. La miró ceñudo antes de levantarse y recoger algunos de los colores que habían rodado hasta su lado. Por algunos minutos los dos recogieron colores en silencio a lo largo del todo el vagón. Erick no pudo más que sorprenderse ante todos los tonos de verde y azul que recogió. Nunca había visto tantos tonos distintos de tantos colores y se sorprendió de que, cuando se levantó para dárselos a la muchacha, en sus manos hubiera casi cincuenta colores, muchos de los cuales él no tenía ni idea que existían. Observó las palabras grabadas a un lado de los lápices y sonrió ante nombres como «azul rey», «magenta», «cerúleo», «melocotón» y tantos otros que él jamás había oído.

Se acercó a ella, que ya había terminado de recoger los demás lápices y se había dado a la tarea de arreglarlos por tonos. Erick la observó un momento, sin saber por qué se sentía de pronto algo intranquilo. Se arrodilló junto a ella y le ofreció el puñado de colores.

—Están muy bonitos todos los...

Erick no terminó de hablar porque justo en ese momento ella levantó su rostro con una sonrisa y la voz de Erick se cortó. Los ojos de la muchacha eran oscuros, nada más lejos de los ojos grises de Irene, pero el muchacho sintió de pronto la misma sensación que con Irene dos años antes. Los ojos de ella se lo tragaron entero y esta vez supo enseguida que ella era una cuentista. Una intranquilidad insoportable se apoderó de él. Necesitó de todas sus fuerzas para escapar de su mirada, dejar los colores sobre la caja con rudeza, tomar su maleta, dirigirse hacia la puerta del vagón y pasar al siguiente.

No dejó de recorrer el tren hasta que estuvo seguro de estar suficientemente lejos de ella. Se sentó en un compartimiento vacío y exhaló un profundo suspiro. Durante los años que había estado lejos se había encontrado con algunos cuentistas. El

primero había sido un panadero, cuyo local Erick jamás volvió a visitar aunque tenía que caminar cinco cuadras más de lo necesario para comprar pan. Después de un rato, había dejado de contarlos y en cuanto sentía la mirada de uno sobre él, salía corriendo. Lo cierto es que la sensación que le causaba cada cuentista era distinta, pero ninguna había sido tan fuerte como la de Irene. Erick creía que había sido a partir de sus encuentros con aquellos otros cuentistas que había decidido jamás encontrarse con Irene de nuevo.

Observó el paisaje oscuro que pasaba frente a sus ojos por la ventana. No podía ver más que flechazos de luz cuando de repente pasaban junto alguna construcción, fuera de eso, la oscuridad había engullido el paisaje y Erick sólo podía intentar imaginarlo. Sabía que encontrarse con una cuentista en el tren era una mala señal; aunque nada de ese viaje vaticinaba algo bueno.

Por primera vez en dos años, no había podido negarse a regresar. ¿Cómo no iba a asistir al funeral de su abuelo? Ni siquiera estaba seguro si quería negarse. El anciano y él jamás se habían agradado del todo, pero finalmente, en el año que Erick había vivido con él había habido algunos momentos buenos, algunas conversaciones interesantes, algunas peleas que extrañaría. Frunció el ceño al darse cuenta de que sí lo extrañaría. Siempre había pensado que estaría allí, en el pueblo donde había vivido siempre y que si él algún día tenía el coraje de volver, su abuelo lo recibiría. A lo mejor debería haber vuelto antes...

Además, sentía no haber estado junto a su madre durante la enfermedad del anciano. Hablaba con ella cada dos días, pero eso no era lo mismo que estar allí, y él lo sabía. Había usado de excusa la escuela, aunque habría podido ir con su madre y continuar sus estudios más tarde. Había tenido miedo de volver, pero sabía que debía haberlo hecho antes. Tal vez no al comienzo de la enfermedad, tantos meses atrás, pero sí

dos semanas antes, cuando, además, alguien había entrado en la casa y lo había revuelto todo, aunque al parecer no se había llevado nada.

Movió la cabeza para disipar esos pensamientos y observó su reflejo en la ventana. No supo cuánto tiempo tardó en volver a quedarse dormido o cuánto tiempo durmió. No despertó hasta que el tren comenzó a disminuir la velocidad. Abrió los ojos con pereza y observó a través de la ventanilla la misma oscuridad de antes. ¿Cuánto tiempo habría dormido? Se incorporó y se estiró. Las luces de la estación iluminaron el tren y entraron por la ventanilla. Erick frunció el entrecejo. El andén no se veía como él lo recordaba, pero no podía decir por qué. El tren se detuvo por fin y una voz femenina anunció que aquélla era la última parada y todos los pasajeros debían descender. Dijo el nombre de un pueblo que Erick no reconoció y, como había temido, se dio cuenta de que se le había pasado su estación.

Tomó su maleta con enfado y salió siguiendo a los últimos pasajeros que quedaban. A diferencia de ellos, Erick se detuvo en la entrada en cuanto la ola de aire caliente lo golpeó. Su madre le había advertido del calor, pero Erick no había esperado esa temperatura durante la noche. Bajó los escalones del tren cada vez más molesto. Se había pasado de estación y estaba atrapado en un pueblo que no conocía, aparentemente en mitad de la nada.

El resto de los pasajeros se dirigió al final del andén y desapareció de la vista de Erick, quien no se movió de su lugar. No estaba seguro de qué hacer, era muy tarde para llamar a su madre, pero no encontraba otra solución. El tren detrás de él comenzó a avanzar. Erick se dio la vuelta y observó cómo el tren continuaba por las vías hacia las figuras oscuras de otros trenes.

Cuando el tren se fundió con la oscuridad, Erick le dio la espalda y caminó hasta un banco al fondo del andén, por enci-

ma del cual estaba pegado el horario. Erick se percató de dos cosas: primero, que el tren de regreso no pasaría hasta la mañana siguiente; segundo, que afortunadamente sólo se había pasado una parada, por lo que estaba muy cerca del pueblo.

Se sentó en el banco, puso su maleta a un lado y la abrió. Comenzó a revolver el contenido buscando la agenda donde había anotado el teléfono de su abuelo para llamar a su madre. De entre los calcetines sacó la pequeña agenda. Se levantó en busca de un teléfono cuando una sensación peculiar lo detuvo. Miró a su alrededor para averiguar qué sentía fuera de lugar. Tardó un momento en percatarse de que ya no hacía calor; al contrario, la temperatura parecía disminuir a cada segundo que pasaba. Una brisa gélida barrió el andén.

Erick miró a su alrededor, pero aparte del viento frío que le estremecía, no parecía haber nada fuera de lo normal. La siguiente ráfaga de aire, la sintió húmeda contra su piel. El muchacho dejó caer la agenda y se adelantó por el andén hacia la vía. No dejaba de observar a su alrededor. Tenía la piel erizada y sentía como si alguien lo observara. Cada vez más inquieto, regresó sobre sus pasos y buscó con la mirada algo con qué protegerse. Encontró una escoba a un lado de la salida y la tomó sin pensar. Mientras volvía hacia el borde del andén una fuerte ráfaga agitó los árboles con furia. Erick se estremeció ante las gotas de lluvia que llegaron con el viento.

Un rayo iluminó la noche e hizo saltar a Erick, que comenzó a temblar. ¿Podría ser que Arzel...? El trueno que explotó segundos después hizo que el muchacho exhalara un suspiro de alivio. Tal vez fuera una tormenta normal.

En el instante en que las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, Erick supo que no lo era. La lluvia brillaba como mercurio y su tacto le dio escalofríos. Sólo una vez había sentido aquello: cuando Nedeleg lo había llevado al mar en Vâudiz. Trató de calmarse. Se dijo que estaba pensando demasiado, que regresar a ese pueblo le estaba haciendo ver cosas. Vâudiz

había quedado muy atrás y Erick no tenía por qué regresar.

No había alcanzado el banco cuando un grito lo hizo volverse. Había empuñado por costumbre la escoba pero ésta resbaló de sus manos cuando se dio cuenta de lo que veía. Más allá del andén había una figura plateada.

—¡No! —imploró Erick—. No...

La figura levantó el rostro. Se veía más adulta, con el cabello más corto, pero sus ojos no habían cambiado nada. Erick la hubiera reconocido en cualquier lugar.

—¿Qué haces aquí?— gritó dirigiéndose hacia el borde del andén.

—¡Erick! —le rogó Nannerl—. Necesito tu ayuda.

—¡No! —rugió él sobre la tormenta que se había soltado entre ellos—. ¡Vâudiz está bien!

—¡La gente está muriendo! —replicó Nannerl, como si no lo hubiera oído—. ¡La magia se ha vuelto local! Sólo ustedes pueden arreglarlo. ¡Tienes que venir!

—¡No puedo! ¡No volveré a Vâudiz!

—Sólo ustedes pueden ayudarnos...

—¡No!

—Si no, temo que moriremos todos. ¡Vâudiz morirá si no lo ayudas, Erick!

La figura se iba haciendo cada vez más difusa. Perdía color y claridad, pero Erick podía ver sus ojos llenos de miedo.

—No sé cómo arreglarlo, Erick, no puedo hacerlo sola. —Nannerl parecía sentir que la conexión de la esfera se debilitaba porque comenzó a gritar con más desesperación—: ¡Ayúdanos! No sé qué más hacer. ¡Eres el Creador! ¡Tienes que ayudarnos!

La figura se borró como si alguien hubiera desconectado la esfera de la toma eléctrica. Con ella se fue la tormenta y el viento helado. En un segundo, el calor sofocante regresó. Erick se dejó caer sobre el andén. Observó el lugar donde había estado Nannerl segundos antes. Por su mente corría

la misma idea una y otra vez: alejarse de allí, del pueblo, de Nannerl y de Irene, de cualquiera cosa que pudiera devolverlo a Vâudiz. Pero, al mismo tiempo, no estaba seguro de poder negarse.

Se levantó y bajó de un salto del andén. Avanzó hasta donde había visto a Nannerl. Al llegar se encontró con un círculo de hierba quemada en medio del cual se encontraba la Esfera de la Unión. Erick la tomó y se sorprendió al notar todavía a Nannerl al otro lado, aunque cada vez la sentía más débilmente.

Regresó sobre sus pasos, llegó hasta su maleta, dejó la esfera entre la ropa y, al tomar su agenda, había tomado una decisión. Fue hasta el primer teléfono público que encontró, pero no marcó el número de su abuelo, sino uno que no había marcado en dos años.

—¿Hola? ¿Marissa? Habla Erick. —Hizo una pausa—. Sé que no he llamado en mucho tiempo, pero necesito un favor.

III

Marissa se sorprendió al ver el rostro de Erick a la mañana siguiente en el cementerio. Estaba ojeroso e hinchado como si no hubiera dormido en toda la noche y hubiera llorado, pero algo en sus ojos le decía a Marissa que no había llorado y que no había sido el funeral lo que lo había mantenido despierto. Probablemente no había podido dormir por lo que había sucedido la noche anterior. Marissa había oído la crónica del encuentro con Nannerl mientras regresaban de la estación a la cual había tenido que ir a recogerlo, pero no había podido contarle lo que los extraños caminantes le habían dicho a ella días antes.

Durante todo el servicio, Marissa no pudo acercarse a Erick, pues éste permaneció junto a su madre en todo mo-

mento, pero cuando los ritos terminaron y la gente comenzó a retirarse, Erick fue relevado por una mujer muy elegante de ojos azules que acompañó a su madre hacia el auto. Erick se quedó frente a la tumba y ella no supo si debía acercarse.

—Oye, Marissa —le dijo él de pronto—, tengo un problema.

Él se volvió a verla y ella no pudo resistir un momento más para correr hacia él y abrazarlo. Lo había extrañado terriblemente y el día anterior había estado todo el tiempo nerviosa esperando su llegada. Durante el viaje de regreso al pueblo, la noche anterior, había estado tan sorprendida como él y no había pensado en decirle lo mucho que lo había echado de menos.

Erick le devolvió el abrazo y ella se sorprendió al descubrir que temblaba. Entre sus brazos, lo sintió tan frágil que se alejó de él y lo miró a la cara.

—¿Qué pasa?

—Nannerl.

Marissa asintió.

—Anoche no te dije nada porque no quería exaltarte más, pero tengo un mensaje para ti —murmuró y se apresuró a contarle de su encuentro del día anterior.

Erick la miró gravemente cuando terminó y volvió su rostro un momento hacia la tumba de su abuelo.

—Tengo que ver a Irene y decirle que algo anda mal en Vâudiz, Marissa.

—¿Vas a volver? —le preguntó ella.

Él no contestó y continuó mirando la tumba. Luego suspiró y giró hacia ella.

—No sé... Tal vez... No sé. Tengo que hablar con Irene y...
Marissa asintió.

—Iré a verlos para el día de las Ánimas. Ven conmigo. Estaré contigo cuando veas a Irene.

Erick le sonrió, le pasó un brazo por los hombros y echó

Un funeral

a andar hacia la salida del cementerio. Sólo una vez se dio la vuelta para ver las filas de tumbas: tenía la sensación de que alguien lo observaba y, más escalofriante aún, de que no volvería allí jamás.

No supo hasta mucho después cuánta razón tenía.